

III Domingo de Adviento (12-12-21)
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas, buenos días a todos, buen domingo.

Hoy día estamos en el Domingo de la Alegría, lo dice la Carta de Pablo a los Filipenses: “Estén siempre alegres en el Señor, se lo repito, estén siempre alegres”. Y esta alegría procede de que vamos a recibir a alguien. Cuando estamos esperando a alguien que debe venir de viaje o una persona querida, o recibimos una sorpresa, interesante, bonita, nos alegra, y además nos preparamos para recibirla. Y eso es lo que estamos viviendo estos días porque lo hacemos como un recuerdo de la venida primera del Señor cuando viene como un niño que, además, es una alegría inmensa, por tanto, porque es el inicio de una nueva vida, es el camino nuevo para la vida de toda la humanidad. Pero esta alegría requiere que nosotros, entonces, estemos preparados. La alegría también es parte de la preparación, pero requiere también muchas cosas muy concretas.

El texto del Evangelio de hoy (Lucas 3, 10-18), nos hace ver que Juan Bautista, quien él mismo dice no ser el Mesías, ya tiene una intuición clara de que el Señor debe ser acogido por nosotros a partir de algunas actitudes o acciones concretas que puedan permitirnos a todos saberlo esperar preparando bien las cosas. Y la mejor preparación está en algunos elementos claves, humanos, sencillos, que permiten, entonces, que todos los seres humanos podamos ver que en nosotros hay capacidad de vida, de esperanza, porque en realidad, dice aquí, el pueblo estaba a la expectativa porque sabía que había una situación muy difícil en Israel en ese tiempo. Quizás, quiso Jesús nacer en esa

situación para prepararnos a todos los que vendríamos después, en 20 siglos, a tener una intuición de esperanza. Como dice el dicho: “al mal tiempo, buena cara”.

Cuando hay problemas, entonces, es nuestro momento. Y qué mejor momento, hoy día, para hacer las cosas que nos pide Juan que, no habiendo llegado todavía el Señor, intuye que se tienen que hacer.

Acá hay tres sectores - hoy día el Papa lo señaló claramente en su discurso - el primero es la multitud, o sea, la mayoría de la gente, el pueblo hebreo que estaba a la expectativa.

Juan había anunciado una cosa muy fuerte, que la repite un poco en la segunda parte del texto de hoy, en la parte final: la hoguera que prende fuego, en el sentido de que hay una especie de castigo. Como buen hebreo, pensaba que Dios es amor y también es miedo (los cristianos ya sabemos que Dios es solamente amor). Y por esa razón le hacen esas preguntas a Juan que anuncio que se viene la ira inminente: “¿Quién les ha enseñado a huir de la ira inminente?”, les dice sobre todo a los sacerdotes, porque es una actitud de crítica y de condena a ese grupo tiránico que destruyó prácticamente Israel, el grupo sacerdotal es el causante de la gran destrucción de Israel.

Aquí el pueblo también escucha esa voz, y como Juan predica un bautismo de agua, entonces, quieren bautizarse, purificarse, e inclusive, miren ustedes, que hasta los soldados y los publicanos quieren bautizarse. En este caso es la multitud. Y preguntan: “Entonces, ¿qué hacemos?”. El Papa decía hoy que esa pregunta todos la tenemos siempre: ¿Qué hacemos para preparar la venida de quién llega? Llega mi tía, por ejemplo ¿Qué comida le hago? ¡Ah, le

gustan los frijoles! Entonces le hago frijoles. Uno siempre trata de halagar a la persona que viene, y uno prefiere estar preparado para saber que alguien viene para hacer lo adecuado y justo.

Miren ustedes lo que les dice y le recomienda Juan al pueblo sencillo: “El que tiene dos túnicas, le dé una al que no tiene, y el que tiene comida que haga lo mismo”. Aquí no se menciona en esta traducción la palabra “**compartir**” que está en el texto original. Dice: “El que tiene dos túnicas comparta con otro dándole una, y el que tiene comida también comparta”.

Qué interesante para esta navidad es el compartir, y es bonito, porque aquí se está haciendo lo que el pueblo podría hacer, la gente sencilla puede hacer eso, yo puedo compartir mi pan con el otro. Y tenemos esas muestras que yo agradezco a todos lo que estamos haciendo con las ollas comunes, como también con los lugares más alejados, especialmente con la zona de Amazonas que ha sufrido el terremoto. Todavía están habiendo espacios abiertos para que podamos ayudar compartiendo, muchas personas lo están haciendo y les agradecemos mucho eso, porque nosotros que colaboramos en esto, nos sentimos que somos una comunidad que ayuda.

Quiere decir que estos principios humanos que están en nuestra vida diaria de compartir, y que normalmente lo hacemos con los amigos, aquí se trata de hacerlo inclusive con todos los necesitados que no conocemos. Lo mismo dice acá respecto de los publicanos y luego de los soldados. Los publicanos son unas personas que eran hebreos, pero como Jerusalén había sido invadido por Roma, entonces se colocaban en ciertos lugares de la ciudad para cobrar impuestos para Roma. Así trabajaban. Pero eran muy

odiados por el pueblo, porque, además, de cobrar el impuesto que les habían obligado a pagar a todos los hebreos, simultáneamente, también sacaban la “suya”, o sea, hacían su coima. Entonces, había esta poca capacidad de comprender el dolor de la gente ¿Y qué hace Juan? Les dice: “No exijan más de lo establecido”. Es decir, no carguen con más peso a la gente.

Es decir, si quieren bautizarse, una manera concreta de preparar lo que viene es hacer un mínimo justo. Lo mismo les dice a los soldados romanos que se interesan por el bautismo, porque saben que hay una situación difícil y es necesario prepararse para esa situación que puede desencadenarse muy gravemente. ¿Qué hacer en una situación grave? Lo mismo: “No extorsionar, no denunciar falsamente”; como son soldados - pasa con nuestros policías a veces - para conseguir algo ponen una papeleta mal puesta. Pues bien, nosotros todos tenemos que intentar juntos encontrar las formas justas de preparar la venida del Señor.

Si el Señor viene como un niño, como lo sabemos ya, viene para una cosa fundamental: Él es el regalo que nos va a regalar su propia vida dándonos su Espíritu. A eso se le llama el Espíritu Santo. Y Juan dice: "Yo no soy el Mesías", es decir, no se arroga una cosa que no es. Juan sabe que puede dar un mensaje, porque lo que está pidiendo es una cosa mínimamente humana que sí todos podemos hacer, pero no basta lo mínimamente humano para poder vivir la felicidad. Con la llegada del que es el Señor de la historia, necesitamos su mismo Espíritu, y necesitamos también su fuego que, en la interpretación de Juan, es un fuego devorador, pero que en la Iglesia hemos sabido a lo largo de la historia, que se trata del fuego del amor ardiente y gratuito, o sea, hemos ido profundizando los significados ¿Y por qué? Porque Jesús nos amó con ese amor ardiente y gratuito.

Por eso, cuando celebramos en la Eucaristía, Él dice: "Este es mi Cuerpo" que entrego por ustedes en comida. Se parece al lazo nupcial: los esposos que recién se casan, entregan todo su ser, representado en su cuerpo al otro. Hoy día, inclusive, se habla de cosas que se decían ya en el Antiguo Testamento y las retoma el Nuevo Testamento: las Bodas del Cordero. Jesús viene a darnos todo su ser, y por lo tanto, su Espíritu. Y su Espíritu que tiene un fuego de amor que no se apaga, que va a generar un cambio en la sociedad, pero no para destruir, sino para resucitar todo. Es un fuego para resucitar, para dar vida, sobre todo tenemos en cuenta, nosotros, todo lo difícil que ha sido este tiempo en que varios hermanos, nuestros, muchos hermanos, casi 200 mil, nos han dejado.

Están mis hermanos de Tablada aquí presentes, ellos también han tenido muchos hermanos parientes que se han ido. Y por eso nos da el Espíritu y el fuego de la Resurrección, nos hace esperar para que esa comunidad que hemos vivido acá, de amor verdadero, de servicio, simultáneamente, nos permita algún día, el amor pleno, reunidos todos, y podamos cantar en alegría el reencuentro resucitado que Él nos ha prometido.

Hermanos y hermanas, en la época actual, necesitamos un nuevo espíritu para vivir el tiempo que estamos viviendo. El tiempo que estamos viviendo es un tiempo que, muchas veces lo he dicho, nos lleva a la desesperación, y en la desesperación se mete un "espíritu maligno" que es el odio, el rechazo, la incomprensión, la ceguera, "yo no quiero ver si no lo que yo siento", que es rabia por todo lo que ha pasado, por toda la crisis que vivimos, por los resultados de tal o cual decisión hecha por todos, pero esa desesperación no conduce a nada.

El Espíritu del amor de Dios es el único que nos permite decir: "Bueno, yo puedo tener las rabias que tenga, pero hay

este problema y yo tengo que afrontarlo y tengo que hacer algo bueno". Para eso necesitamos el impulso del Señor. Evidentemente, puedo hacer pequeñas cositas que todos tenemos que hacer, prepararlo compartiendo el pan, aquí y allá, pero, simultáneamente, todos estamos llamados a entrar en un espíritu de recapitación, de comprensión profunda de las cosas.

Quizás estemos ante la mayor oportunidad de nuestra vida para cambiar las cosas de verdad, poniéndonos de acuerdo, y eso es muy difícil, pero no es imposible.

Grandes momentos de la historia nos han generado la posibilidad de cambiar, y en algunos acontecimientos del mundo ha sucedido que las cosas cambiaron por decisión libre de todos, y todos entraron en una sintonía tal que la cosa se arregló. Y varios momentos así hemos tenido. Y cuando no hubo esos momentos y las cosas se pusieron muy duras, hubo algunos signos que son como los de Jesús.

Cuando fracasamos en la guerra con Chile, todos nuestros héroes nacionales derrotados dieron ejemplo, no solamente de valentía, sino de generosidad. Se quedaron en el morro, se quedaron en el Huáscar, para decir: "Vamos a dejarle a nuestro pueblo un legado maravilloso, el amor con el cual estamos aquí defendiendo la Patria". Y en esta época del Bicentenario, esta es la Navidad del Bicentenario, no hay cosa mejor que intentar, nosotros también, dejar como legado la refundación de nuestra Patria sobre la base del amor, y por lo tanto, rechazando todas aquellas contradicciones, contrariedades y polarizaciones que están haciéndonos mucho daño, no para no decir las cosas que están mal, no para no cambiar y decir "yo me vuelvo neutro" ¡No! Es justamente para que las podamos cambiar realmente de frente, pero hablando, y para eso nos ha hecho el Señor por medio de la Palabra, somos Palabra, y la Palabra sabe decir las cosas, y sabe decirlas a tiempo y a

destiempo, y puede desmontar grandes situaciones terribles.

Pero para decir la Palabra del Señor necesitamos que su Espíritu pulule en todo el Perú, se pasee cómodamente por todo el Perú, por todos los corazones, las mentes, y este nuevo espíritu nos repare a todos. Y podemos hacerlo porque sabemos ser amigos, sabemos ser compañeros, sabemos compartir. Lo importante es que eso lo hagamos, algún día, institución, organización social, organización política, organización económica, y todo se llene del espíritu del compartir. Y así, entonces, evidentemente con inteligencia - porque esas cosas son muy complicadas - podemos llegar a solucionar muchas de las cosas en base al Espíritu que suscita en nosotros la capacidad de amar.

Por eso, nuestro papel como Iglesia, y lo digo no solamente como obispo, como sacerdote, sino como toda la comunidad cristiana, ustedes también como laicos, todos somos Iglesia, todos somos discípulos y misioneros, y tenemos la misión de redimir, con nuestro aporte, con nuestra sencillez, con nuestra decisión, con nuestras actitudes, a un país que está muy difícilmente viviendo y que puede tener una tragedia si es que nosotros no tenemos cuidado.

Por eso, hermanos y hermanas, les pido que, en esta Navidad, cuando esperamos al Señor lo preparemos con signos y gestos que den cuenta de que todos los cristianos del Perú estamos sintonizados en una renovación de nuestra Patria, en el amor. Y todos, entonces, vamos a tener que, inspirados por el Señor, inventar una serie de posibilidades. Estamos ante una situación, hermanos y hermanas, y lo digo también por el caso de la Iglesia, en donde una sola persona no puede solucionar los problemas porque no somos magos. El mundo está tan complicado que, en este momento, necesita del concurso de todos como hermanos, todos tenemos que aportar, dar ideas, conformarnos, por eso se

ha hecho está Asamblea Eclesial donde se ha escuchado a la gente, y por eso también, el Papa ha convocado para el 23 el gran sínodo mundial, en donde va a recoger todo lo que, básicamente, opina la humanidad para poderla convertir en una manera de ser Iglesia que sea fermento, fuerza, y esperanza para su pueblo.

En estos momentos difíciles y aciagos tenemos también la fuerza de los jóvenes, a quienes inspira más rápido el Espíritu Santo, porque los que estamos más viejos estamos medio escleróticos, entonces ya parece que no nos mueve el espíritu, pero de todas maneras, el Señor es capaz de des-esclerotizar, des-endurecer las situaciones y abrir caminos de esperanza.

Dios los bendiga y los proteja, y nos llenemos de alegría porque el Señor está cerca, está bastante cerca de todas nuestras vidas desde hace muchos siglos, y que podremos, entonces, si abrimos un poquito los ojos y el corazón, dejarnos llevar por Él. Qué Dios los bendiga y los acompañe a todos y a todas, y todos siempre seamos una comunidad viva y esperanzada.